

## Crecer en el *lager*: los testimonios literarios en lengua francesa de la infancia y la adolescencia en el campo de concentración

**Rita RODRÍGUEZ VARELA**

*Universitat de València*

rita.rodriguez@uv.es

<https://orcid.org/0000-0003-2168-8636>

### Resumen

Narrar la experiencia de la deportación en los campos de concentración nazis es una tarea muy compleja que se enfrenta a cuestiones relacionadas con la dificultad de transmisión y con los *Trauma Studies*. Desde hace dos décadas, se observa un aumento en las publicaciones de los testimonios de los niños y niñas de la Shoah, que han comenzado a narrar sus recuerdos motivados por la necesidad de transmitir su legado a las nuevas generaciones y por la desaparición natural de los testigos. Este estudio tiene como objetivo abordar las características principales de este nuevo corpus literario para establecer sus bases y obtener una imagen clara de la experiencia de la infancia en el *lager*.

**Palabras clave:** guerra, infancia, memoria, Shoah, trauma.

### Résumé

Raconter l'expérience de la déportation dans les camps de concentration nazis est une tâche très complexe qui se heurte à des questions liées à la difficulté de transmission et aux *Trauma Studies*. Depuis deux décennies, on observe une augmentation des publications des témoignages des enfants de la Shoah, qui ont commencé à raconter leurs souvenirs à cause de la nécessité de transmettre leur héritage aux nouvelles générations et de la disparition naturelle des témoins. Cette étude a pour objectif d'aborder les caractéristiques principales de ce nouveau corpus littéraire et obtenir une image claire de l'expérience de l'enfance dans le *lager*.

**Mots-clés :** guerre, enfance, mémoire, Shoah, trauma.

### Abstract

Narrating the experience of deportation in nazi concentration camps is a highly complex task that grapples with issues related to the difficulty of transmission and Trauma Studies. Over the past two decades, there has been an increase in publications of testimonies from children of the Shoah, who have begun to narrate their memories motivated by the need to transmit their legacy to new generations and due to the natural disappearance of witnesses. This study aims to address the main characteristics of this new literary corpus to establish its bases and obtain a clear picture of the childhood experience in the camps.

---

\* Artículo recibido el 17/09/2023, aceptado el 28/02/2024.

**Keywords:** war, childhood, memory, Shoah, trauma.

El silencio y la amnesia general son dos de los elementos principales que caracterizan la época posterior a la liberación de los campos de concentración. Este mutismo se debe, por un lado, a la imposibilidad de hallar las palabras o las fuerzas para narrar lo vivido que muchos deportados sufren y, por otro, a la dificultad de encontrar receptores dispuestos a escuchar. Ante estos dos obstáculos, fuente de frustración, los testigos van enterrando su trauma y van desistiendo en su afán por dar a conocer la verdad. Un ejemplo paradigmático del ambiente que se vive puede verse en el escaso éxito que tiene la publicación de *Si esto es un hombre* de Primo Levi en 1947; una obra que, sin embargo, después es considerada un testimonio capital de los campos de concentración. Hay que esperar hasta los juicios de Eichmann (1960), Maurice Papon (1979) y Barbie Klaus (1987), así como a la aparición de la serie *Holocausto* (1978) para que la sociedad empiece a interesarse en conocer las atrocidades que se habían perpetrado de forma sistemática y organizada durante el nazismo, dando comienzo a un nuevo ciclo social de anamnesis. La posibilidad que tienen los deportados de declarar y exponer su testimonio ante miles de personas es sentida como una liberación y conlleva, por un lado, la aparición de numerosas voces que se alzan y, por otro, el interés hacia aquellos que, como Primo Levi, habían sido ignorados hasta el momento. No obstante, no todos los testigos tienen la capacidad o la necesidad de hablar, pues, entre ellos, se encuentran muchos niños y niñas que, a causa de su corta edad y de la falta de recursos psicológicos y narrativos para transmitir un relato coherente, optan por permanecer en silencio. Esta parte de la población centra sus esfuerzos en continuar unas vidas que, en realidad, todavía no habían empezado. Solo en las últimas dos décadas, sin duda movidos por la desaparición natural de los testigos directos, estos niños y niñas, ahora ancianos, han comenzado a narrar literariamente y a transmitir en charlas y conferencias sus historias. A partir de los años 2000, en Francia se observa un fuerte crecimiento del género testimonial sobre los campos de concentración. Antiguos deportados como Élie Buzyn, Francine Christophe, Ginette Kolinka, Sam Braun, Esther Senot, Sarah Montard, Lili Leignel, Henri Borlant, Julia Wallach, Armand Bulwa, Marie Vaislic o Marceline Loridan-Ivens forman un amplio corpus literario perteneciente a la denominada generación 1.5 de la memoria de la Shoah que ofrece una nueva perspectiva sobre este hecho histórico.

Ante los numerosos testimonios existentes, este estudio se centra en aquellos autores y autoras incluidos en la obra *Les derniers. Rencontres avec les survivants des camps de concentration* (2020) de Sophie Nahum. Empleando las entrevistas incluidas en el volumen, así como sus principales publicaciones, se delimitarán los motivos clave que componen sus obras con el objetivo de establecer las bases principales de este corpus

literario y obtener una imagen clara de lo que supone la vivencia de la infancia y la adolescencia en el *lager*.

A diferencia de los relatos de los adultos, que suelen comenzar ya sumidos en la existencia de los guetos o de los campos de concentración, en el caso de los niños se observa que, la gran mayoría, inician sus testimonios con la descripción del núcleo familiar en el que vivían antes de la llegada del nazismo. Esta singularidad se debe a que, mientras que los primeros ya han tenido contacto con diferentes círculos de socialización a lo largo de sus vidas, el mundo de los más jóvenes se basa fundamentalmente en la familia, primera unidad funcional. Lo cierto es que el hogar es el primer sistema social del que los sujetos forman parte; se trata de «una clase especial de sistema, con estructura, pautas y propiedades que organizan la estabilidad y el cambio. También es una pequeña sociedad humana cuyos miembros están en contacto cara a cara y tienen vínculos emocionales y una historia compartida» (Minuchin, Colapinto & Minuchin, 2000: 27). En el hogar se aprenden los valores, creencias y pautas de comportamiento con los que después se interactuará con otros círculos de la sociedad como la escuela, el trabajo, los amigos, etc. Pero antes de esos contactos, es como descendientes de alguien que se percibe el mundo, «todo ser humano es, antes que cualquier otra cosa, un hijo o una hija, y lleva en su mismo cuerpo la marca indeleble de haber llegado al mundo vinculado a otro, su ombligo» (Morandé, 1998: 16). Esta marca indeleble de la que habla Morandé se encuentra en los testimonios que conforman el presente estudio.

En todas las obras se observa una descripción muy precisa del funcionamiento del hogar; de los roles y valores que se encarga de transmitir cada miembro a sus descendientes. Élie Buzyn (2021: 20) habla de sus padres como de una pareja que compartía «une réelle entente tacite», según la cual la madre, solidaria y empática, se encarga de identificar los problemas, y su padre, centrado en procurar los bienes materiales, de solucionarlos; Francine Christophe se refiere a su madre como una mujer buena y justa sin la que no habría podido sobrevivir; y Julia Wallach nos presenta un núcleo familiar compuesto únicamente por ella y por sus padres en el que no necesitan nada más, se trata de un espacio idílico: «il y avait eux, il y avait moi, nous trois, mon monde. Je n'avais besoin de rien d'autre. Mes parents n'avaient que moi et je n'avais qu'eux» (Wallach, 2021: 16). Asimismo, hace referencia a lo que para ella es el tesoro más grande que le han regalado, esto es, la transmisión del «talent du bonheur. Grandir entre des gens qui s'aiment, ça donne le goût de la joie». Se trata de familias humildes que, gracias a una buena organización y a mucho esfuerzo, consiguen vivir en buenas condiciones integrados en la sociedad. En cuanto a sus orígenes, por un lado, encontramos familias que están en Francia desde hace varias generaciones y, por otro, familias que residen en Polonia o Rumanía, principalmente, y es tras la liberación de los campos que se instalan en Francia. Independientemente de sus orígenes, así como de sus prácticas o creencias religiosas, todos coinciden en sentirse franceses, polacos o rumanos, antes que judíos. Ginette Kolinka (2019: 59) explica que sus padres buscaban respetar

los modos de vida franceses y que «nous ne voulions surtout pas nous distinguer comme le font les gens maintenant, nous voulions nous assimiler» y, en el caso de Francine Christophe, a causa de su corta edad, todavía no ha tenido la oportunidad ni la capacidad para plantearse su identidad en esos términos. De hecho, su identidad es impuesta por la llegada de las restricciones contra los judíos: «j'ai appris que je suis juive, que je suis un monstre, et que je dois me cacher» (Christophe, 1996: 23). Paradójicamente, es el odio hacia ellos y el intento de eliminarlos de la sociedad el que multiplica su cantidad: «mais toi, tu es juif, je ne le suis que depuis Hitler» (Christophe, 1996: 23). Igualmente, Marie Vaislic relata su total desconocimiento de las tradiciones judías a causa de su crianza en una familia no practicante: «Je suis arrivée en août, et Kippour était en septembre. C'est la première fois que j'en entendais parler, la première fois que j'ai jeûné. J'ai simplement fait comme tout le monde. À vrai dire, je me suis toujours sentie en porte-à-faux avec ma religion» (Vaislic *apud* Nahum, 2020: 190).

Este sentimiento de pertenencia con el que viven, hace que no se alarmen a pesar del avance del nazismo y de la llegada de las nuevas leyes contra los judíos. Han nacido en ese país, viven perfectamente integrados como el resto de ciudadanos, muchos de ellos tienen familiares que han combatido en la guerra por Francia, es decir, son verdaderos patriotas, por lo que están seguros de que esas leyes no les afectarán. Kolinka indica que, a pesar de que su padre es obligado a ceder su taller, sus hermanas ya no pueden seguir trabajando y comienzan las prohibiciones en las escuelas, siguen sin pensar que vayan a sufrir grandes consecuencias y acuden a la llamada al censo sin preocupación, «mon père est français, il est né à Paris, il a fait la guerre de 1914, nous n'avons rien à craindre selon lui» (Kolinka, 2019: 62). El padre de Wallach (2021: 23) es definido como un «socialiste convaincu» que «avait défilé pour le Front populaire est s'était battu contre les gardes mobiles» y, a pesar de la conmoción de la familia, cuando lo llaman a filas, él no duda en aceptarlo con solemnidad, pues es su deber luchar por su patria de adopción. Asimismo, Francine Christophe y su madre esperan salvarse de la deportación por su calidad de hija y esposa de un prisionero de guerra que, según la Convención de Ginebra de 1929, les aseguraba la excepción. Sin embargo, pronto entienden que la situación es más grave de lo que habían pensado y que no se contempla ninguna prerrogativa. La autora no deja pasar la oportunidad de referirse a la traición del gobierno de Vichy y a la ingenuidad de aquellos judíos que, como su abuela, murieron creyendo en su patria:

Patriotisme encore, dans son testament, daté du 10 octobre 1942, lorsqu'elle écrit : « Les temps que nous vivons actuellement sont si terrifiants que je crains d'être la victime du mouvement homicide qui satisfait les instincts de nos ennemis et de ceux qui ne veulent pas penser. Si mon sacrifice et celui de mes pareils doit amener, après cette crise terrifiante, une ère de bonheur pour notre chère France, alors je ne regrette rien. Que mes chers enfants, s'ils ne sont pas victimes de cette époque atroce,

fassent toujours leur devoir et restent les fidèles enfants de notre pays bien-aimé ». Ce sont ces « Juifs », fidèles à leur nation, que Vichy livra aux Allemands (Christophe, 2021: 33-34).

La misma traición del gobierno es expresada por Esther Senot cuando se refiere al requerimiento que, en mayo de 1941, reciben los varones de su familia de personarse en las comisarías de policía y que, fieles a una educación basada en la confianza y en el cumplimiento de la ley francesa, no dudan en atender: «ils ont été immédiatement arrêtés: c'était une des premières grandes rafles» (Senot *apud* Nahum, 2020:27). Efectivamente, Senot está evocando la primera de las diferentes redadas que entre 1941 y 1943, los servicios alemanes, gracias a la colaboración del Estado francés, realizaron y que supusieron el internamiento de 16.000 judíos, de los cuales, 4.700 eran todavía niños, en los campos de Beaune-la-Rolande y de Pithiviers. Es posible observar las fotografías de este suceso realizadas por el periódico *Le Matin* en el Museo de la Resistencia nacional de Champigny-sur-Marne, así como una gran cantidad de pruebas documentales aportadas por David Diamant, emigrado judío polaco, presentes tanto en el museo como en su obra *Le Billet vert: la vie et la résistance à Pithiviers et Beaune-la-Rolande, camp pour Juifs, camp pour chrétiens, camp pour patriotes* (1977).

Tampoco Julia Wallach duda en remarcar la parte de culpa que debe asumir Francia indicando que no son los alemanes los que la arrestan y conducen al campo, sino que «ce sont des Français qui m'ont conduite à la conciergerie, puis à Drancy et, enfin, après quelques mois, qui m'ont fait monter dans un train» (Wallach, 2021: 65-66). A pesar de que no cabe duda de que fueron muchos los franceses que lucharon en la Resistencia contra el nazismo o que ayudaron de diversas formas a los judíos, esta voluntad de los testigos de recordar su parte de culpa en el ascenso del mal entronca con su misión de dar a conocer los mecanismos, no solo que originan el odio, sino también que le ayudan a propagarse en la sociedad y a triunfar.

Por todo ello, si estas obras son en primer lugar historias que reconstruyen el recuerdo de esos hogares en los que impera el amor y el esfuerzo por prosperar, también son, a causa del desarrollo de los acontecimientos históricos, historias sobre el desmoronamiento de esas unidades familiares. Con las restricciones, los padres van perdiendo paulatinamente el rol de fuentes de seguridad y apoyo: «Maman a peur. J'ai peur. Partout, tout le temps, les gens à étoile disparaissent sans retour. Papa aussi a peur» (Christophe, 1996: 20). En muchas ocasiones, son los hijos los que deben sustentarlos o ayudarlos a sobrevivir, por lo que se ven obligados a reconstruir constantemente sus mundos para adaptarse a las nuevas leyes, la aparición de los guetos, las diferentes redadas y las traiciones de vecinos y conocidos. Un ejemplo de ello, se encuentra en el caso de la familia de Élie Buzyn, en la que, a causa del despiadado asesinato del hermano mayor por los nazis, sus padres experimentan una especie de muerte simbólica por la que ya no queda en ellos ningún rastro de lo que fueron. Esta pérdida traumática, unida a las difíciles condiciones del día a día en el gueto obligan al pequeño Buzyn (2019: 33) a

asumir el papel de cabeza de familia y convertirse en un adulto: «Je me suis dit: “Si je ne fais pas quelque chose pour nous protéger, nous allons mourir tous les quatre. Il faut que je devienne adulte et disponible pour travailler”. J’avais 11 ans». En este sentido, Alted incide en el desmoronamiento del universo infantil que supone la irrupción de una guerra en la vida del niño, núcleo más desvalido de la población:

Los niños contemplan, sin comprender, como la violencia y la crueldad de los adultos irrumpen en sus vidas cotidianas, en sus mundos infantiles de fantasías y de juegos, ven como se rompe el hogar familiar y se dispersan los miembros de la familia y quizás muchos de ellos se enfrentan por primera vez con la realidad de la muerte (Alted, 2003: 3).

Al encontrarse en esos mundos todavía infantiles se ven obligados a madurar antes de lo previsto y, por ello, la cuestión del papel que juega su inocencia en el desarrollo de la realidad es una peculiaridad propia de esta generación. En muchas obras, se hace referencia a la idea de dirigirse a Pitchipoï; una palabra de origen yiddish que los padres utilizan para nombrar un lugar desconocido, imaginario y no transmitir sus temores o su desconocimiento hacia el destino que les espera: «Comme tous les autres, nous répétons, Nous allons à Pitchipoï, ce mot yiddish qui désigne une destination inconnue et sonne doux aux oreilles des enfants qui le répétaient pour parler des trains qui s’en allaient» (Loridan-Ivens, 2015: 10).

Ginette Kolinka ironiza amargamente sobre la ingenuidad de su juventud y su falta de experiencia sobre la maldad del ser humano, dos factores que le hacen conducir involuntariamente a su padre y a su hermano hacia la muerte. Convencida de que los campos de concentración han sido creados únicamente para el trabajo forzado, por lo que hay muchas posibilidades de sobrevivir, Kolinka anima a sus familiares a subirse al camión que los SS ofrecen para ayudar a aquellos en peores condiciones físicas. Sin embargo, pronto descubre que, en realidad, ese camión constituye la primera selección con la que se descarta a los más débiles. Si todos los judíos están destinados a morir, el sistema nazi no deja escapar la oportunidad de aprovecharlos antes como mano de obra gratuita, por lo que aquellos que gozan de buenas condiciones físicas para trabajar, viven más tiempo:

Dans ma naïveté, cette naïveté qui m’a peut-être sauvée et qui les a condamnés, je pense à mon père, amaigri par ces dernières semaines, exténué par le voyage, je pense à Gilbert, mon petit frère, qui n’a que 12 ans, à sa petite tête ébouriffée. Et je m’entends leur crier : « Papa, Gilbert, prenez le camion » (Kolinka, 2019: 13-14).

Esta condena mortal a la que sentencia a sus familiares a causa de su inocencia es el primer golpe traumático con el que tendrá que convivir. En el caso de Julia Wallach (2021: 34) tiene la suerte de ser alertada del peligro de los camiones por un

deportado que, al verlos, se acerca para decirles «si tu veux que ton père vive, ne le laisse pas monter dans les camions». El ambiente general con el que se encuentran al salir de los vagones es el de desconcierto, pero, en muchas ocasiones, ese caos es contrarrestado por las muestras de fraternidad de los deportados veteranos, como aquellos que aconsejan a Élie Buzyn fingir ser más mayor para pasar la selección. La alegría por la superación de la prueba no dura demasiado tiempo al comprobar que sus padres no han corrido la misma suerte a causa de sus malas condiciones físicas. Sin grandes contemplaciones, el resto de deportados lo enfrentan a la cruda realidad de los hornos crematorios: «‘Tu sens l’odeur? Tes parents sont déjà probablement dans la fumée de la cheminée des fours crématoires que tu vois là-bas’ m’a-t-on expliqué» (Buzyn, 2019: 46). Ambos autores expresan estas desgarradoras pérdidas de forma muy escueta; apenas son dedicadas unas líneas para hablar de esas muertes que fracturan sus vidas. En el papel, como en el campo de concentración, no parece haber tiempo para sumirse en el trauma, hay que continuar, enfrentarse rápidamente a la nueva realidad que les espera. Como apunta Francine Christophe, el *lager* no contempla la existencia de niños; solo existen personas aptas o no aptas para el trabajo, es lo único que determina sus existencias. Desde el primer instante en el campo, se encuentran con un kapo que, sin mayor contemplación, les indica a través de gruñidos y gritos sus tareas: «le kapo nous ordonne de creuser des trous au fond desquels nous devons enfouir des pierres. Sans nous donner d’explication (...) nous, les enfants du camp, nous sommes comme ces pierres, des morceaux de matière, anonyme et sans valeur» (Christophe, 2021: 59). Por su parte, Marceline Loridan-Ivens además de mencionar la rápida muerte de los bebés, ancianos y enfermos, también hace referencia a la existencia de una especie de territorio en el que, aquellos que no están en tan malas condiciones y todavía pueden trabajar un poco más, son depositados. Con el nombre de México se refieren a esta suerte de espera de la muerte: «Le Mexique, sans que je sache pourquoi, signifiait la mort prochaine» (Loridan-Ivens, 2015: 19). Así, tras los primeros momentos de perplejidad, la ingenuidad desaparece de sus vidas bruscamente. Los hechos pronto les hacen comprender que en ese ambiente no hay espacio para la vacilación, ni la ignorancia; cualquier descuido conduce a la muerte: «La quarantaine n’a rien à voir avec les maladies, c’est un apprentissage de ce qu’est la vie du camp. Il n’y a pas d’explications, pas de mode d’emploi, on apprend ou on meurt» (Kolinka, 2019: 27).

En el caso de las niñas, la obligación de desnudarse públicamente, así como el rasurado de cada pelo de su cuerpo es mencionado como un hecho de fuerte impacto que les hace comprobar que, en este nuevo universo, han dejado de pertenecer a la categoría de seres humanos. Cabe tener en cuenta que muchas de ellas no solo nunca se habían desnudado ante otras personas que no fueran sus madres, sino que tampoco habían visto el cuerpo desnudo de otras mujeres. Algunas de ellas entran en shock; Kolinka indica que ni siquiera mientras le tatúan el número de matrícula, el 78599, es capaz de experimentar dolor a causa del estado de parálisis en el que se sume. Si bien

en el futuro viven sucesos mucho más atroces y llegan a afirmar que «on nous demande de nous deshabiller, j'ai l'habitude, la nudité ne me fait plus rien» (Kolinka, 2019: 42); en sus escritos se observa que estas primeras acciones mantienen un hondo calado con el tiempo porque son la primera toma de contacto con una organización creada y perfeccionada para negar su humanidad y eliminarlos: «nous nous regardons, nues, le crâne et le pubis rasés, grelottantes, hagardes. Avilies. Une mère n'aurait pas reconnu sa propre fille» (Kolinka, 2019: 18-19). La situación de Julia Wallach es todavía más dura, pues el impacto de esta primera exposición a las prácticas inhumanas y deshumanizadoras de los nazis deja secuelas no solo psíquicas, sino también físicas: «c'était la première fois qu'un homme me voyait nue. Ils nous ont rasé la tête, le pubis et les aisselles, nous ont aspergées d'un désinfectant. Mon pubis est toujours resté imberbe après ça, je crois que c'est le choc» (Wallach, 2021: 52).

Sobrevivir se convierte en la primera elección crucial que estos niños realizan en sus vidas y esta voluntad debe ser considerada como la tercera gran característica de este corpus literario. En prácticamente todos los testimonios, reflexionan sobre cómo muchos deportados son invadidos por la apatía y se abandonan, lo que supone elegir el camino de la muerte. Ellos, en cambio, escogen la vida, escogen anestesiarse todo el dolor y el recuerdo de los seres queridos, mientras concentran su pensamiento y su energía en el único objetivo de superar cada día: «Moi, je m'étais mis en tête que je ne pouvais pas mourir à 15 ans, qu'il fallait que je revienne, c'était une idée fixe» (Esther Senot *apud* Nahum, 2020: 85). Y en esta elección de la resiliencia, se observa que el núcleo familiar vuelve a tener un papel indispensable. Los valores transmitidos en el pasado por esas familias fuertes y unidas serán clave para su día a día. En este sentido, muchos rememoran su amparo en los recuerdos y en el amor que habían recibido, llegando incluso a la exageración, para sobrellevar la cruda realidad: «On se dotait d'une enfance merveilleuse, qui nous donnait du courage, nous permettait de tenir» (Wallach, 2021: 74). Igualmente, Élie Buzyn se ampara en las palabras que su madre le dijo antes de entrar en el campo instándole a ser fuerte y sobrevivir para poder transmitir en el futuro el mensaje de lo que les había sucedido: «Ces paroles, je me les suis remémorées constamment, à chaque coup dur. Ce qui comptait, dans les camps, ce n'était pas tant l'endurance physique que la résistance morale ; les précieuses paroles de ma mère étaient mon seul bien et elles m'ont sauvé la vie» (Buzyn, 2009: 38).

A pesar de la voluntad de sobrevivir y de los mecanismos de defensa activados, debe ser igualmente analizada, por el lugar prioritario que ocupa, la presencia de los dos principales temores a los que se enfrentan en su día a día: el hambre y los médicos.

El hambre aparece como una presencia que lo absorbe todo, que invade cada fibra de su ser. Christophe indica que, si bien a causa de la guerra, ya había experimentado ese tipo de sensaciones, nada será comparable a lo que le espera en el campo. La autora habla de un hambre que será suya para siempre, que se adentra en su piel y en su ser para no dejarla jamás. Asimismo, para Kolinka el campo de concentración



equivale directamente al hambre: «le camp, c'est la faim. Je crois même que c'était ma seule obsession» (Kolinka, 2019: 37). Esta hambruna constante es dominada por el deseo instintivo de conservación y los lleva a cometer acciones que únicamente son justificables en ese espacio. Un impactante ejemplo de ello sería el cadáver de una compañera que Kolinka, en lugar de enterrar y darle algún tipo de rito fúnebre que atestigüe su humanidad, como hacían otras deportadas, decide mantener en su poder a la espera de que algún día pueda permitirle conseguir una ración suplementaria:

Moi, j'en ai une, de morte. Ma morte. Elle tombe sur mon épaule, je la redresse, elle retombe, je la relève à nouveau, ah ça, pour m'énerver elle m'énerve ! Mais je la garde, ma morte, je la conserve précieusement, je me dis qu'un jour ils vont bien finir par nous ouvrir, nous donner à manger, quelque chose, n'importe quoi. Et alors, je leur dirai : « Mais non, elle dort ma copine, donnez-moi sa part ! » Voilà où j'en suis. Voilà ce que je suis devenue (Kolinka, 2019: 54).

Asimismo, Francine Christophe reflexiona sobre cómo el hambre puede hacer a los sujetos perder la razón y cometer acciones impensables en una situación corriente, mientras rememora el episodio en el que vislumbra a lo lejos a un hombre que se alimenta del cadáver de un deportado: «un peu plus loin, dans le sous-camp d'en face, je distingue un homme, très maigre, accroupi près d'un autre, allongé et immobile. Je panique et m'enfuis à toutes jambes. Je ne veux pas en voir davantage. J'ai compris» (Christophe, 2021: 82).

Junto a esa constante sensación de hambre que los tortura y deshumaniza, figura el temor a los doctores y a las selecciones. El médico, figura tradicionalmente asociada a la protección y curación, en el sistema nazi se convierte en uno de los principales miedos de los deportados. Los niños y niñas en seguida aprenden que se trata de su principal verdugo y que, dependiendo de sus condiciones físicas, decidirá si deben morir en ese preciso instante o si todavía pueden prolongar por un tiempo su destino. Lo cierto es que la eficacia de los métodos de exterminio es posible gracias al apoyo y a las técnicas que los doctores proporcionan, las cuales se asientan en dos grandes fundamentos (Rubio, 2009). En primer lugar, se basan en el conocido como fundamento «quirúrgico» que da lugar a la creación de las cámaras de gas y permite suprimir los problemas morales o psicológicos de los nazis a través de un exterminio que distancia y automatiza la muerte de las víctimas. En segundo lugar, los médicos se amparan en el fundamento del «asesinato como imperativo terapéutico», es decir, la raza judía es considerada como un cuerpo cancerígeno en el conjunto de la humanidad, por lo que es necesaria su extirpación. En base a estas dos premisas, los doctores del Reich tienen el conocimiento y el poder para decidir sobre la vida de cada deportado: realizan múltiples selecciones, supervisan torturas, experimentan en búsqueda de una mejora de la raza y exploran maneras de perfección del exterminio. En este sentido, la figura de los

médicos nazis se mantiene en la memoria de los deportados como una huella traumática a la que no son capaces de enfrentarse: «On ne peut pas tout raconter, il y a des choses tellement horribles que même maintenant, il m'est impossible d'en parler. Par exemple, les expériences de Mengele au bloc 10» (Christophe *apud* Nahum, 2020: 102). Adelaïde Hautval, médica y psiquiatra deportada en el campo de concentración de Auschwitz, explica en su obra (2019) que muchas jóvenes de entre 16 y 18 años eran esterilizadas a través de sesiones de rayos X, que las dejaban en terribles condiciones. Y muchos testimonios, a pesar de desconocer con detalles lo que ocurría en las enfermerías y hospitales de los campos, hacen referencia a esos compañeros y compañeras que entraban y jamás volvían a salir: «Des copines disparaissaient à l'occasion d'une sélection, ou bien elles étaient envoyées à l'infirmierie dont la construction avait été achevée et elles n'en revenaient pas» (Wallach, 2021: 75). Para evitar estas situaciones, todos relatan sus esfuerzos en ocultar sus enfermedades e infecciones, llegando incluso a trabajar en condiciones inhumanas en las que el dolor casi no les permitía pensar con claridad. En el caso de Élie Buzyn, su sufrimiento a causa de sus padecimientos en los pies y las piernas, consecuencia de las marchas de la muerte, y el haber tenido la suerte de encontrarse con un médico ruso entre los deportados que lo salvó con sus consejos de la amputación que el médico nazi había previsto, determinará su futuro profesional como adulto. Una vez liberado y reinsertado en las instituciones académicas, optará por estudiar medicina y especializarse en cirugía ortopédica, llegando a ser uno de los cirujanos más reputados del país:

Comme souvent – et même constamment – au cours de ma vie, ce sont mes expériences pendant la guerre qui ont guidé, défini ma pratique et mon éthique, et m'ont amené à comprendre et à prendre en charge des situations particulières. Fort de mon histoire personnelle, de ce que j'avais traversé dans le passé, j'étais à la fois le blessé et celui qui soignait les lésions. Une double perspective qui m'a permis, je crois, tout au long de ma carrière, de mieux comprendre les autres et d'adapter ma pratique à la grande diversité de situations que j'ai pu rencontrer (Buzyn, 2009: 96-97).

Una vez liberados los campos de concentración, los niños y niñas se encuentran con una complicada situación de recomposición a la que dedican gran parte de sus testimonios. A diferencia de los relatos de los adultos, generalmente centrados en la narración de la vida dentro del campo, la mayor parte de estos testimonios están destinados a tratar sus existencias tras la salida del campo. La reinserción en una sociedad que no ha compartido su experiencia junto a personas que han seguido sus vidas con normalidad, los hace sentirse fuera de lugar en cualquier contexto. Aunque sigan teniendo la apariencia de niños y niñas, su edad mental ya no corresponde a su edad biológica; al contrario de los otros jóvenes, «los niños que han sobrevivido a una guerra vivida de forma directa consideran que su infancia les fue robada, se ven a sí mismos,

en cierto sentido, como una generación perdida» (Alted, 2003: 10). Han estado en contacto cotidiano con el sufrimiento y la muerte, han tenido que tomar decisiones complejas que no correspondían a su estadio mental, por lo que han envejecido prematuramente. Francine Christophe señala incluso el día concreto en el que su infancia llega a su final, el domingo 26 de julio de 1942, en La Rochefoucauld, en la línea que separa la zona libre de la ocupada: «mon enfance s'est achevée alors qu'elle avait à peine commencé» (Christophe, 2021: 13). Marceline Loridan-Ivens, desde las primeras líneas de su relato, expone ese cambio radical que se había producido en su interior tras el paso por el campo; se trata de una personalidad arrebatada, perdida para siempre: «J'ai été quelqu'un de gai, tu sais, malgré ce qui nous est arrivé. Gaie à notre façon, pour se venger d'être triste (...) Mais je change. Ce n'est pas de l'amertume, je ne suis pas amère. C'est comme si je n'étais déjà plus là » (Loridan-Ivens, 2015: 7). En su vida se produce una especie de ralentización, de pérdida de contacto con la realidad o, al menos, con la cotidianidad. El sujeto que ha sufrido una experiencia traumática no puede volver a insertarse en la sociedad tal y como era antes, porque ya no es el mismo, ahora está marcado por «una demoledora ruptura o cesura de la experiencia que tiene repercusiones tardías» (LaCapra, 2005: 192). En este sentido, Wallach (2021: 20) define la experiencia de Auschwitz como «un grand trou noir dans lequel ma vie tout entière a été précipitée. Un choc si violent qu'il a tout effacé». Esta autora nos ofrece con sus palabras un ejemplo perfecto de esa ruptura de la cronología vital que causa el trauma psíquico. La intensidad del evento es tan fuerte que se apodera de toda la trayectoria vital del sujeto. A causa de esta quiebra interior, son muchos los testimonios que se refieren a esa sensación de estar muertos en vida, de no haber sobrevivido verdaderamente. Francine Christophe reflexiona sobre la identidad del deportado; un ser que ya no encaja en el sistema social común de la humanidad, pero ha resistido a las prácticas de destrucción del nazismo y no ha llegado a convertirse en la bestia que esperaban. La autora habla de una identidad que no parece encontrar ninguna categoría adecuada en el lenguaje corriente:

Qu'est-ce qu'un déporté, qu'est-ce qu'un survivant au moment du retour? Un être plus tout à fait humain, pas encore animal. Parce que là où il est passé, le déporté n'a pu rester l'individu qu'il était, ni devenir le complet animal qu'on voulait faire de lui. Ce qu'il a vu, vécu, supporté, ressenti, est difficile à décrire. Je l'ai déjà dit, il faudrait inventer un vocabulaire inédit, forger des expressions qui n'ont pas d'équivalents chez les vivants. Aucun mot d'Homme n'arrive pas à réellement décrire ces situations; le camp, c'est un autre continent de la souffrance (Christophe, 2021: 97).

De la misma manera, Ginette Kolinka se define como un ser despojado de sensibilidad, como si todos sus sentimientos se hubieran quedado atrapados en el campo de concentración: «Moi, je sais que personnellement, mes sentiments sont restés au

camp. Pleurer, je ne sais plus ce que c'est; c'est terrible à dire, mais je n'ai plus jamais la larme à l'oeil» (Kolinka *apud* Nahum, 2020: 148).

A la difícil situación de los deportados de volver a integrarse en la sociedad, se unen dos factores muy relevantes. En primer lugar, la incapacidad de aquellos que no estuvieron en el campo de imaginar lo que habían experimentado. En este sentido, Loridan-Ivens reacciona casi con ternura cuando su madre le pregunta si había sido violada. La madre busca entre los peligros que acechan a los seres humanos en la vida ordinaria, como puede ser un robo, una paliza o una violación; sin embargo, el campo constituye un microcosmos en el que las amenazas llegan a unos límites antes insospechados. Las deportadas no habían sufrido violaciones porque ni siquiera pertenecían ya a la categoría de seres humanos: «elle n'avait rien compris. Nous n'étions plus des femmes, plus des hommes, là-bas. Nous étions la sale race juive, des Stücke, des bêtes puantes. Ils ne nous mettaient nues que pour déterminer le moment de notre mise à mort» (Loridan-Ivens, 2015: 35). Esta imposibilidad de comprender lo que sus hijos han vivido viene unida al deseo de que lo superen lo antes posible y rehagan sus vidas. Sin embargo, esta premura por borrar la herida traumática, sin elaborarla, tiene consecuencias muy negativas en las víctimas: «Je ne supportais pas son impatience, cette façon qu'elle avait de me réclamer d'aller bien et d'oublier» (Loridan-Ivens, 2015: 53). Como indican muchos estudios psicológicos y psiquiátricos sobre el trauma, para su superación es imprescindible que se le proporcione a la víctima la opción de elaborarlo a través de un relato coherente que transforme su significado y su papel en la cronología vital:

La invitación a la palabra o la obligación de silencio, el apoyo afectivo o el desprecio, la ayuda social o el abandono cargan la misma herida de una significación diferente según el modo en que las culturas estructuran sus relatos, haciendo que un mismo acontecimiento pase de la vergüenza al orgullo, de la sombra a la luz (Cyrulnik, 2009: 23).

Por ello, el apoyo proporcionado por los seres queridos que, a su vez supone una vuelta al primer círculo de socialización del que partieron antes de la deportación, es imprescindible. La negación del tiempo necesario de asimilación, así como de la expresión de las vivencias al que Loridan-Ivens, como otros deportados, se ve sometida por su madre impide que pueda salir de esa memoria del trauma: «la imposibilidad de socializar la tragedia provoca en el herido un sentimiento de rechazo (...) condenado al mutismo selectivo para no resultar extraño, privado del apoyo tranquilizador de su ambiente, el herido queda sometido a la memoria de lo que le ocurrió» (Cyrulnik, 2009: 190). Esa identidad quebrada, incapaz de reconstruirse a través de un relato compartido con su hogar, está condenada a revivir incesantemente el trauma y a permanecer encerrado en su recuerdo. De hecho, en su obra, en la que entabla una conversación catártica con su padre fallecido, llega a plantearle si han hecho bien los supervivientes en volver del campo; una pregunta que como indica Reliquet (2015) es de

una gran violencia y se relaciona directamente con la cuestión de cómo volver a la vida tras el horror experimentado.

Asimismo, el segundo factor que dificulta la curación es la inexistencia de mecanismos aportados por la sociedad. Tras la salida de los campos de concentración, los deportados no reciben ningún apoyo ni tratamiento psicológico por parte de sus países de acogida. Más allá de una escasa ayuda material son reinsertados en la sociedad como si la liberación física del campo conlleva automáticamente la liberación psíquica. No obstante, aunque el superviviente ha recuperado su cuerpo, «se ve obligado a vivir de nuevo con una identidad rota, marcado por una experiencia del dolor que tiene que aprender a elaborar simbólicamente, para volver a dar sentido a su experiencia» (Bucetto, 2020: 482). Ese trabajo psíquico que deben realizar para recomponer la quiebra no es posible, por lo que son muchos los supervivientes que, como Esther Senot o Marceline Loridan-Ivens, llevan a cabo varios intentos de suicidio. Mientras que en el campo habían activado todos sus mecanismos de supervivencia y se habían obcecado en no dejarse llevar por la desidia, en mantenerse siempre alerta y con esperanza para poder superar cada día; una vez liberadas, lejos ya de ese microcosmos excepcional de terror, traen consigo una carga traumática demasiado pesada como para integrarse en una vida normal:

Pourquoi une fois revenue au monde, étais-je incapable de vivre?  
C'était comme une lumière aveuglante après des mois dans le noir, c'était violent, les gens voulaient que tout ressemble à un début, ils voulaient m'arracher à mes souvenirs, ils se croyaient logiques, en phase avec le temps qui passe, la roue qui tourne, mais ils étaient fous, pas que les juifs, tout le monde! La guerre terminée nous rongait tous de l'intérieur (Loridan-Ivens, 2015: 55).

Sin apoyo de ningún tipo, los deportados van rehaciendo sus vidas poco a poco, aprendiendo a convivir con esa herida traumática que nunca los abandona y que, como indica Francine Christophe, puede volver a salir en cualquier momento. Ese pasado que han vivido forma parte de ellos como una marca indeleble y «au détour d'un chemin, à la lecture d'un article de journal, si j'écoute la radio ou regarde la télévision. Il guette le moment opportun, surgit lorsqu'une faille se présente» (Christophe, 2021: 18). Este retorno de lo reprimido a causa de la falta de elaboración terapéutica corresponde con el estadio conocido como *acting out*, en el que el sujeto es víctima de la repetición impulsiva del trauma en diferentes situaciones. Como indican Laplanche y Pontalis (2004: 254), con la repetición el yo busca resolver esa tensión penosa en la que vive envuelto, sin embargo, esa misma repetición fracasa por lo que «el enfermo ha entrado en un círculo vicioso. No logra jamás controlar el traumatismo por medio de sus repeticiones, ya que cada tentativa aporta una nueva experiencia traumática».

Otra marca de esta consecuencia repetitiva son las pesadillas recurrentes con las que el inconsciente intenta purgar y liberar la represión expresando simbólicamente los

miedos persistentes. En este caso se encontraría Esther Senot, quien se refiere a un sueño recurrente relacionado con la situación de los niños en los campos de concentración:

Pendant des années, j'ai fait un cauchemar récurrent : je me voyais arriver au camp, sur la rampe, avec deux de mes enfants, en me demandant comment j'allais m'en sortir, sachant très bien que c'était impossible de sortir vivante d'Auschwitz avec des enfants. Évidemment, je me réveillais en sursaut (Senot *apud* Nahum, 2020: 180).

Este mismo miedo que un campo e infancia es expresado por Bulwa, también víctima de este tipo de sueños, y que durante muchos años se sintió incapaz de ser padre por el temor a que sus descendientes pudieran verse en su misma situación: «Quand on s'est mariés, je faisais des cauchemars toutes les nuits. Et je ne voulais pas d'enfant, par peur que tout ça recommence ; je pensais qu'il serait criminel de donner naissance à un enfant dans un monde qui a été capable de ce drame » (Bulwa *apud* Nahum, 2020: 178). Al no disponer de ningún apoyo, pues todos coincidían en que, como Senot, se hallaban «dans la solitude: à l'époque, il n'y avait pas de cellule psychologique, ce n'est pas facile de se reconstruire toute seule» (Senot *apud* Nahum, 2020: 141); los supervivientes son incapaces de superar realmente lo vivido. Cabe tener en cuenta que, para la psique, el trauma carece de sentido, es el sujeto el que por medio de un trabajo de elaboración consigue dárselo, «autrement dit, avant la mise en récit, il n'y a pas d'histoire, pas de causalité, pas d'avant, de pendant ni d'après, puisque le trauma déborde nos catégories habituelles de pensée et les paramètres de l'expérience quotidienne» (Parent, 2006: 116). Sin embargo, solos ante su experiencia, aprenden a convivir de forma solitaria con el dolor por lo que, en muchas ocasiones, ni siquiera sus familiares son conocedores de sus experiencias en el campo. En el caso de Francine Christophe sus hijos incluso desconocían el hecho de que su madre fuera judía y, por lo tanto, también ellos. No es hasta las insistentes peticiones de sus nietos y nietas, niños y jóvenes inocentes con la misma edad que ellos tenían cuando fueron deportados, que deciden romper por fin su silencio y dejar aflorar todos los recuerdos que habían reprimido. La similitud de sus edades, que les permite ofrecerles una narración comprensible, así como la desaparición natural de los testigos provoca la aparición de gran multitud de testigos hasta ahora desconocidos.

Como indica Nahum (2020), estos autores no pretenden repetir insaciablemente su historia como si el llamado «deber moral» de contar fuera una obligación; sino que buscan dotar a las nuevas generaciones del conocimiento necesario para poder identificar los mecanismos que permitieron que la sociedad llevara, entre la apatía, el miedo y la maldad, el desarrollo del odio hacia sus límites más extremos, como sería la creación de los campos de concentración. Sus historias se enmarcan en el género literario del testimonio, nacido durante la Primera Guerra Mundial y que se expande tras la Segunda, con el que los supervivientes de las grandes tragedias del siglo XX,

transmiten sus experiencias concretas pero, además, se unen «con un marco intercultural determinado por la universalidad del fenómeno concentracionario y que, más allá de mostrar y denunciar la inhumanidad y el horror, intenta convertirse en memoria activa a través de la interacción con el lector en busca de reacciones condenatorias» (Sánchez, 2010: 31). Es la necesidad de hacer comprender los mecanismos con los que el odio consigue expandirse en la sociedad, más allá de sus particularidades, la que motiva a estos supervivientes a contar su historia después de tantos años de silencio. A tenor de este objetivo principal, se produce esa «fusión de horizontes» (Gadamer, 1977: 377) que permite a los receptores del presente comprender esa historia del pasado e introducirla en su contexto a través de una perspectiva crítica nueva. En estas obras, como ocurre en las de los adultos, vuelve a estar presente implícitamente el debate sobre la diferencia entre el relato histórico y el testimonio literario. Mientras que la ciencia histórica busca expresar una verdad objetiva y se basa únicamente en la memoria fáctica; el testimonio aporta la sensibilidad y la búsqueda de la empatía como motor para evitar la repetición de la historia. En ocasiones, son los propios deportados los que sintetizan esta diferencia sustancial que actúa como motor de sus escrituras:

Si l'histoire informe, explique et interroge, le témoignage sensibilise et humanise. Le face-à-face du témoin et de son lecteur permet une compréhension sensible des tragédies historiques et une empathie directe avec un être humain (...) qui ouvre souvent la voie vers d'autres questionnements (Braun, 2008: 40).

En otra línea, a diferencia de los testimonios de los adultos, se observa que este tipo de narraciones están menos centradas en la reflexión filosófica sobre la naturaleza del mal o en el intento de ofrecer una imagen sistematizada del funcionamiento de los campos; y profundizan más en la reconstrucción posterior, sin duda por el tiempo que separa la vivencia y su escritura. A causa de esta característica, los relatos relativos a la infancia durante el nazismo se constituyen como historias de superación con un mensaje de resiliencia como telón de fondo. A pesar del horror vivido y de las secuelas traumáticas que nunca los abandonan por completo, siempre parece existir una vía para la supervivencia y para la recomposición. Son claros ejemplos de las posibilidades que alberga cada sujeto de sobreponerse a la deshumanización y de buscar salidas tras haber sido sometido al mal radical. Así, observamos que incluso cuando se les ofrece la opción de vengarse de sus verdugos aplicando sus mismos métodos, son capaces de sobreponerse a la ira y al dolor y mantener su humanidad:

À Buchenwald, en 1945, quand les Américains ont appris ce qu'on avait vécu, ils ont voulu nous donner des armes pour qu'on puisse se venger (...) Aucun d'entre nous ne l'a fait, nous ne voulions pas devenir des assassins comme eux. Nous pensions : vous avez voulu nous exterminer, vous n'avez pas réussi, nous, on va continuer à vivre, ce sera ça notre vengeance (Buzyn *apud* Nahum, 2020: 135).

Lo cierto es que, tal y como señalaron diversos psicólogos y psiquiatras participantes en el Congreso de Lacaune celebrado el 17 y 18 de septiembre de 2005, sintetizado por Patrick Cabanel (2005), uno de los hechos más interesantes sobre estos denominados «niños de la Shoah» es que la gran mayoría lograron alcanzar un nivel de estudios y de posición social elevada.

Por otro lado, la puesta en discurso de lo vivido sirve a los propios supervivientes como terapia de curación. A través de la escritura encuentran por fin esa posibilidad de hablar y de darle un sentido al trauma que en el pasado les fue negada. En este sentido, como indica Reliquet (2015: 187) a propósito de la carta que Loridan-Ivens escribe a su padre y que nunca pudo entregarle, debemos ser nosotros los atentos receptores de esas palabras que no pudo hacer llegar: «celle qu'il n'a pu lire à Birkenau et dans le périple mortel qui a clos le moment des camps, celle qu'il n'a pu lire ensuite, mais celle que nous pouvons entendre et méditer». El trauma que había quedado encerrado, repitiéndose incesantemente en sueños y descuidos de la memoria, a causa de la inadecuada recepción de sus vivencias tras la liberación de los campos, encuentra ahora una vía de curación gracias a la escritura. Autoras como Jiménez (2000) o Simón (2012) se refieren al espacio que encuentra en el lenguaje el dolor para manifestarse más allá del abatimiento y del encierro, así como a la función terapéutica inherente al testimonio literario, en tanto herramienta de conocimiento del pasado y de prevención del futuro.

Para finalizar, cabe poner de relieve el importante valor histórico que estos testimonios literarios poseen para la sociedad. Estos ejercicios de memoria dejan un precioso legado para que las futuras generaciones puedan aprender del pasado y evitar su repetición.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALTED, Alicia (2003): *Historia y memoria de los niños de la guerra (en el siglo XX)*. Madrid, Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca.
- BRAUN, Sam (2008): *Personne ne m'aurait cru, alors je me suis tu*. París, Albin Michel.
- BUCETTO, María Sol (2020): «La subjetividad en el régimen nazi: deconstrucción y construcción». *Lex*, 26 / XVIII, 471-490.
- BUZYN, Élie (2019): *J'avais 15 ans. Vivre, survivre, revivre*. París, Alisio.
- BUZYN, Élie (2020): *Ce que je voudrais transmettre*. París, Alisio.
- CABANEL, Patrick (2005): «Les enfants de la Shoah, leurs enfants et les enfants de leurs enfants. Compte rendu du troisième colloque de Lacaune (Tarn), 17 et 18 de septembre 2005». *Diasporas. Histoire et sociétés*, 7, 173-180.
- CHRISTOPHE, Francine (1996): *Une fille privilégiée*. París, L'Harmattan.
- CHRISTOPHE, Francine (2021): *L'enfant des camps*. París, Grasset.



- CYRULNIK, Boris (2009): *Autobiografía de un espantapájaros. Testimonios de resiliencia: el retorno a la vida*. Barcelona, Gedisa.
- DIAMANT, David (1977): *Le Billet vert : la vie et la résistance à Pithiviers et Beaune-la-Rolande, camps pour Juifs, camps pour chrétiens, camps pour patriotes*. París, Renouveau.
- GADAMER, Hans-Georg (1977): *Verdad y método*. Salamanca, Sígueme.
- HAUTVAL, Adélaïde (2019): *Médecin et crimes contre l'humanité : Le refus d'un médecin, déporté à Auschwitz de participer aux expériences médicales*. París, Éditions du Félin.
- JIMÉNEZ, Xiomara (2000): *El platillo y la balanza: escritos sobre la muerte, el perdón, la justicia, la impunidad realizados por familiares de víctimas de abusos policiales o militares*. Venezuela, Fundación Museos Nacionales.
- KOLINKA, Ginette (2019): *Retour à Birkenau*. París, Grasset.
- LACAPRA, Dominick (2005): *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- LAPLANCHE, Jean & Jean-Bertrand PONTALIS (2004): *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós.
- LORIDAN-IVENS, Marcelline (2015): *Et tu n'es pas revenu*. París, Grasset.
- MINUCHIN, Patricia; Jorge COLAPINTO & Salvador MINUCHIN (2000): *Pobreza, institución, familia*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- MORANDÉ, Pedro (1999): *Familia y sociedad: reflexiones sociológicas*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- NAHUM, Sophie (2020): *Les derniers. Rencontres avec les survivants des camps de concentration*. París, Alisio.
- PARENT, Anne (2006): «Trauma, témoignage et récit : la dérouté du sens». *Protée*, 34/2-3, 113-125.
- RELIQUET, Philippe (2015): «Et tu n'est pas revenu, de Marceloine Loridan-Ivens», in Guy Samama (dir.), *Approches. Revue Trimestrielle*, 161, 153-166.
- RUBIO, Ana (2009): *Los nazis y el Mal. La destrucción del ser humano*. Barcelona, Editorial UOC.
- SÁNCHEZ, Javier (2010): *Escribir el horror. Literatura y campos de concentración*. Vilassar de Dalt, Montesinos.
- SENOT, Esther & Isabelle ERNOT (2021): *La petite fille du passage ronce*. París, Grasset.
- SIMÓN, Paula (2012): *La escritura de las alambradas. Exilio y memoria en los testimonios españoles sobre los campos de concentración franceses*. Vigo, Academia del Hispanismo.
- WALLACH, Julia & Pauline GUÉNA (2021): *Dieu était en vacances*. París, Harper Collins.